

El árbol de los ruidos y las nueces

Silvia Schujer

Ilustraciones de O'Kif

loquele^o



La punta del ovillo (donde todo empieza)

—¿Lo ayudo?

5

—¿A qué, *m'hija*?

—A empacar, a qué va a ser.

—Y para qué, si yo de acá no me pienso mover.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Sabe lo que es *usté*? Un cabeza de tronco.

—¿Tronco de pino o de lapacho? ¿De quebracho o de nogal? ¿De ceibo, de sauce, de laurel o chañar...?

—No haga el gracioso ¿quiere?

—¿Gracioso? Estoy hablando en serio, Escofina.

—Sí, muy en serio. ¿Así que se va a quedar acá para que lo achuren?

—Nadie se las va a agarrar conmigo.

—¿Por qué? ¿Tiene coronita?

—¡Cruz diablo! Coronita tienen los reyes. Y los reyes son de los realistas.

6 —Bueno, como le digo entonces. Prepárese que esta noche nos vamos. *Todos* nos vamos, ¿entiende? El ejército realista está acá nomás. Y ya escuchó la orden del Belgrano ese. Hay que dejar la ciudad pelada: sin animales, sin plantas, sin personas. Si es posible, sin nubes. Seca. Refrita. Chamuscada. Con nada de nada para que los malditos godos no tengan qué tomar ni qué comer ni dónde descansar las patas.

—Ya sé, *m'hija*. Ya lo escuché, y está muy bien. Lo andan repitiendo por la calle cada media hora, pero yo no me voy.

—Entonces lo van a achurar, lo van a hacer picadillo.

—No, *m'hija*. Estese tranquila. Conmigo no se van a meter.

—Con *usté* solo, no. Van a prender fuego todo lo que quede.

—Y bueno, será...

—¿Qué es lo que será?

—Que *usté* se va ir con la caravana (ya está bastante grandecita para cuidarse sola) y yo me voy a quedar.

7

—Pero ¡¿por qué?! Explíqueme por qué.

—Porque no puedo hacer otra cosa. ¿Quién soy yo sin mis árboles, sin el valle, sin la madera de donde salen mis criaturas?

—Su única criatura soy yo, padre.

—*Usté* y mis figuras talladas...

—¿Ah sí, viejo loco? ¿Me compara con muñecos de madera?

—Lo de loco puede ser, pero viejo...

—Viejo, sí. Y de tan viejo, cabeza dura.

—Basta, Escofina. Está muy insolente.

Yo no la he criado así.

—Y *usté* está muy tuerco.

—Terco.

—Tuerco.

—Terco, se dice.

8 —Terco, tuerco, torcido, tosco y malo,
qué más da.

—Al final, para lo impertinente que ha resultado, mejor ni hubiera...

—Ni hubiera ¿qué?

—Nada, nada.

—¿Mejor ni hubiera qué, padre? *Digaló*, de una vez. ¿Mejor no hubiera abierto la puerta ese día de hace doce años? ¿Mejor no me hubiera encontrado abandonada ahí, en la canasta? ¿Mejor me hubiera llevado al convento para que me criaran las monjas? ¿Mejor me hubiera tirado al río en vez de cuidarme como a su...?

—¡No dije eso, Escofina! No sea escandalosa, muchacha, que así se pone Esco-fea.

—Pero iba a decirlo, reconózcalo.

—¿Qué tengo que reconocer? Si estoy más que agradecido de haberla encontrado y criado como a una hija. Y por eso, porque soy su padre, le ordeno: *usté* se va con don Belgrano igual que el resto de la población. Se lleva la mula y todo lo que queda del rancho.

9

—¡NO y no!

—¡Sí y sí! Las gallinas ya las entregué al ejército y lo que dio la huerta también. Ni una papa quedó. Ni una lechuga. Ni un mísero ajo. Lo único que se queda soy yo y ni una palabra más.

—¿Pero por qué?!

—Porque a mí me crecieron raíces debajo de los pies. Como a los árboles. Porque yo aquí nací y aquí me pienso morir...

—Si *usté* se queda, yo también me quedo.

—*Usté* se va, como le ordeno. Y no se retobe más que para eso sobran las mulas.

Eso fue lo último que dijo Hermósimo Cayo antes de sacar de un cajón su talla favorita y apoyarla sobre la mesa de trabajo. Era una lechuza del tamaño de una mano, nacida en la madera de un nogal. El artista agarró un hacha mediana y de un golpe seco y certero partió a la lechuza por el medio. Una de las mitades se la dio a Escofina, la otra se la guardó para él.

—Cerca o lejos, *m'hijita*, siempre vamos a ser uno. Y nos iremos buscando hasta que nuestras mitades se encuentren.

—Si *usté* no se va, yo tampoco —dijo ella. Devolvió su mitad de lechuza y salió corriendo del rancho.





Buena madera

Hermósimo Cayo era el mejor artesano del mundo y sus alrededores. También de San Salvador de Jujuy. Su arte consistía en aprovechar las formas naturales de los troncos, las ramas y las cortezas descartadas por los árboles y, a fuerza de cavar, carcomer y pulir, crear esculturas de madera originales. Réplicas en miniatura de muebles, instrumentos musicales, bichos, personas y hasta escenas completas de la pulpería. 13

De esto vivía Hermósimo Cayo. De tallar la madera y de cambiar sus obras por dinero o por mercaderías. Casi un zoológico completo con piezas de pino y de roble había pagado

por un buen poncho para Escofina. Y aunque para asegurarse el alimento cultivaba algunas verduras en el terreno que rodeaba su vivienda, lo que él más disfrutaba de la vida y por lo que más lo valoraban en el pueblo era por su arte de tallar madera. Y por su extraño carácter (a veces muy solitario), a pesar del cual había criado a esa cachorra humana que alguien le había dejado hacía ya doce años en la puerta de su rancho. En una canasta y sin siquiera una palabra con la cual nombrarla.

Muchos en el pueblo recordaban a Hermósimo en aquellos primeros días de la crianza. Tan poco tiempo le dejaba ese bicho llorador (como él llamaba a la bebé que le habían regalado) que ni para quejarse le quedaban fuerzas.

Le daba y le daba a la madera, pero entonces como carpintero: hizo una cuna, una

mesa, un corralito, banquetas y hasta muñecas para esa criatura a la que, de puro apuro, llamó “Gubia”, el nombre de una herramienta. Porque así fue como Hermósimo bautizó a la nena por primera vez: Gubia. Que no es otra cosa que una especie de cuchara para socavar la madera.

15

Fue Alcira, una curandera con la que el artesano cada tanto estaba de novio, la que lo convenció de que le pusiera otro nombre, uno más verdadero. Y Hermósimo, que no sabía mucho de mujeres (y tampoco de nombres), volvió a pensar en sus herramientas: “Escofina –dijo entonces– que es un cepillito pulidor, pero suena como Josefina”. Y así quedó para siempre: Escofina. La Escofina de Hermósimo Cayo.

Ahora, mientras todo el vecindario se preparaba para abandonar la ciudad y dejar tierra muerta a los realistas, Hermósimo

Cayo cargaba el mate con la poca yerba que le quedaba y ponía una pavita al fuego.

Era la mañana del 22 de agosto de 1812 y hacía un frío de los mil demonios.